

Una de las bases para la identificación de lo narrado con la época del evangelista es el argumento ya clásico de la expulsión de los cristianos de la sinagoga, que tuvo lugar en el último cuarto del siglo primero. Este dato es válido, pero no puede encumbrarse a rango de absoluto como parece sugieren los autores. Juan tiene también una gran memoria histórica, y aunque el último redactor ha armonizado bien el conjunto, ésta le traiciona algunas veces; piénsese en el caso de introducir a Anás en el proceso de Jesús, etc. Juzgo que realizar la lectura de Juan sólo desde la perspectiva de identificar al seguidor de Jesús, entendiéndolo en forma restrictiva, no da cuenta de la riqueza del evangelio. No se puede negar que en cada uno de los pasajes se expresa la fe de los discípulos, pero ésta surge de la experiencia profunda de Jesús a la que no parece aludirse en nuestra obra. La experiencia de la persona de Jesús ha generado el evangelio de Juan, que luego éste ha vertido atendiendo a numerosas perspectivas; de otra forma no son explicables muchos pasajes; y ahí también debiera aplicarse la antropología. El eje central es un canto a Cristo al que sirven los numerosos horizontes a los que se abre el evangelio. Una de esas perspectivas viene constituida por modelos antropológicos que forman los diversos grupos religiosos, pero se dan otras. Los pasajes del evangelio de Juan, casi todos llenos de esplendor y de riqueza, quedan sumamente mermados en la lectura que hacen nuestros autores. Se da cuanto ellos dicen, pero hay más. Bastaría recordar el de la Samaritana o el relato de la Pasión para percatarse de ello. El evangelio se sirve de todo cuanto le ayuda a conseguir la comprensión de la persona de Jesús. Por lo demás, hoy es generalmente admitido que la comunidad estaba integrada por diversos grupos, que el escrito trata de armonizar, y que probablemente no se llegó a una determinada uniformidad hasta que fue compuesta la primera carta joánica.—SC.

EUGENE LA VERDIERE, *Comer en el Reino de Dios. Los orígenes de la Eucaristía en el Evangelio de Lucas*, Sal Terrae, Santander 2002, 229 pp. ISBN: 84-293-1460-1.

En una de las comidas en las que participó Jesús en casa de un fariseo, tras curar a un hidrópico en sábado y tras un pequeño discurso sobre la elección de puestos en los banquetes, un comensal anónimo exclama: *¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!* (Lc 14,15). Con ello parecía captar que el discurso de Jesús sobre los banquetes —en los que Él participó frecuentemente— no hacía referencia a una mera cuestión de protocolo sino que tenía un alcance mucho mayor. Eran un anuncio del reino. Esta idea, así como la importancia y centralidad que tiene la comida compartida en la vida comunitaria de la que se convierte en momento importante, en paraliturgia, en epifanía de la Iglesia local (algo que ya supo captar muy bien D. Bonhoeffer en su *Vida en comunidad*), constituyen el punto de partida del análisis de E. La Verdier de las comidas en el evangelio de Lucas.

No faltan en español buenos análisis de lo que se ha venido en llamar la triple raíz o el triple origen de la eucaristía: las comidas del Jesús histórico, la última cena y los banquetes del resucitado con los discípulos. Desde que autores como F. Hahn, H. Lietzmann y O. Cullmann —por poner los ejemplos más representativos— insistie-

ran de diverso modo en la necesidad de ampliar la perspectiva en cuanto al origen de la eucaristía se refiere (no limitándolo solamente a la *última cena*), la tesis del *triple origen* ha ganado terreno y está prácticamente aceptada por todos los estudiosos del tema, sin que ello suponga dudar de la importancia y de la centralidad de la *última cena*. Incluso en español tenemos buenos trabajos que profundizan en esta tesis del *triple origen*. Destaquemos solamente la magnífica presentación de la misma que hace M. Gesteira en *La Eucaristía, misterio de comunión* (Sígueme, Salamanca 1992), donde incluye una abundante bibliografía sobre la cuestión y las diversas tendencias y, más recientemente, la obra de R. Aguirre, *La mesa compartida* (Sal Terrae, Santander 1994), en la que, desde el punto de vista de las ciencias sociales, se analiza la importancia y la significatividad de las comidas en el evangelio de Lucas.

También La Verdere parte en esta obra de la convicción de que reducir el origen de la eucaristía a la «institución» en la última cena supone un empobrecimiento de la teología eucarística y, en último término, un contrasentido. Por ello, el autor analiza las diez comidas del evangelio de Lucas y extrae de todas ellas una cierta teología eucarística. Más aún, todas juntas constituyen una estupenda catequesis sobre lo que significa la eucaristía en la vida cristiana y sobre cómo este sacramento sintetiza y pone en juego todas las dimensiones fundamentales de nuestra fe. Con ello se evitaría el riesgo (tantas veces vivido) de disociar la eucaristía del evangelio (como si ambos contactaran solamente en un punto: la institución), olvidando que, como señala La Verdere (parafraseando a Lutero, aunque no lo señala expresamente) la eucaristía es *compendio del evangelio entero* (p. 18). Por todo ello, también La Verdere habla de un triple origen de la eucaristía, si bien utilizando otra terminología: *comidas en la mesa de Jesús el profeta; comidas en la mesa de Jesús el Cristo y comidas en la mesa de Jesús el Señor* (p. 45).

En el evangelio de Lucas las comidas ocupan un puesto especial. De hecho, nuestro autor llega a afirmar que este evangelio *es una historia de comidas y viajes con Jesús* (p. 27). Lógicamente, teniendo en cuenta ambos elementos (comidas y viajes), una de las claves para entender a Lucas es la hospitalidad. Más aún, el gran viaje de Jesús a Jerusalén, que ocupa gran parte del evangelio (y que no culminará hasta la ascensión), está jalonado por diez comidas. La Verdere considera que estas comidas siguen fundamentalmente dos modelos (si bien Lucas los utiliza con una gran libertad): el modelo *symposion* grecolatino (en el que la comida tiene cierta solemnidad, estaba vetada a mujeres y niños, giraba en torno al invitado principal que generalmente pronunciaba un discurso e incluía la cena propiamente dicha —*deipnon*— y el beber juntos —*symposion*— que acabaría dando nombre al conjunto) y la comida de hospitalidad (de origen semítico, más espontánea por su propia naturaleza, más abierta y sin exclusión, etc.). De las diez comidas del evangelio de Lucas, cinco parecen responder a un esquema y cinco al otro, si bien, como ya hemos indicado, Lucas los usa con gran libertad y mezcla a veces elementos de ambos.

La obra que presentamos analiza detalladamente estas diez comidas y en cada una de ellas va encontrando elementos muy significativos, no sólo para una teología bíblica de la eucaristía, sino incluso para una teología más global del evangelio de Lucas. La base exegética que maneja La Verdere es fundamentalmente el comentario a Lucas de J. A. Fitzmyer. En este sentido se podría echar en falta el que no se cite la edición española de *El evangelio según Lucas I-III* (Cristiandad, Madrid 1986-1987), lo que sin duda ayudaría a quien quisiera profundizar más en cada una de las

escenas de comidas, aunque probablemente no se haya hecho porque la edición española se quedó incompleta. En cualquier caso —aunque los exegetas y estudiosos del evangelio de Lucas, encontrarán motivos de discusión y de desacuerdo con las interpretaciones de La Verdier, sobre todo en aspectos puntuales— no cabe duda de que la obra nos muestra la riqueza y la amplitud de la teología (no sólo eucarística) que se esconde tras los relatos de comidas, comidas a las que no podemos considerar ya como meros escenarios o marcos redaccionales, sino como verdaderos *theologoumenoi* de importancia capital.

Las diez comidas del evangelio de Lucas aparecen agrupadas del siguiente modo: en primer lugar, siete comidas *a la mesa con Jesús el profeta*, tres de ellas en el ministerio galileo: en casa de Leví (5,27-39), en casa del fariseo Simón (7,36-50) y la fracción del pan en Betsaida (9,10-17), y cuatro en el gran viaje hacia Jerusalén: en casa de Marta (10,38-42), en casa de un fariseo (11,37-54), la cena en sábado en casa de uno de los jefes de los fariseos (14,1-24) y en casa de Zaqueo (19,1-10). En segundo lugar, la cena *a la mesa con Jesús el Cristo* (22,7-38) que, en cierto modo, sintetiza todas las comidas anteriores, las ilumina con su sentido último y las proyecta hacia las comidas con el resucitado. Y en tercer lugar, las dos comidas *a la mesa con Jesús el Señor*, es decir, con los discípulos de Emaús (24,13-35) y con la comunidad en Jerusalén (24,36-53).

Debemos destacar, por último, tan sólo dos breves cuestiones que consideramos especialmente interesantes. En primer lugar, que La Verdier pone de manifiesto cómo la escena con los discípulos de Emaús asume el sentido de los tres grupos de comidas, ya que, por una parte los dos discípulos informan al extraño acompañante que Jesús fue *un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo* (Lc 24,19), pero el caminante les recuerda que *era necesario que el Cristo padeciera para entrar así en su Gloria* (Lc 24,26). Tras la fracción del pan, los discípulos vuelven a Jerusalén para unirse al grupo que ya confesaba al Señor resucitado. Con ello se confirma que el texto de los discípulos de Emaús es una maravillosa catequesis eucarística que, como no podría ser de otro modo, compendia todo el evangelio.

En segundo lugar, debemos destacar que esta obra se puede catalogar dentro de un género que estaría entre la teología bíblica, la teología sacramental y la teología espiritual, es decir, en el marco de una teología global o integral, algo hacia lo que debería tender toda teología si quiere ser verdaderamente significativa e iluminadora, aún reconociendo la legitimidad y la conveniencia de separar metodológica y provisionalmente estos tres campos para un mejor conocimiento de la cuestión de la que se trate. Todo ello hace de este libro una obra sólida y al mismo tiempo útil para la pastoral de grupos y comunidades medianamente formados. No podemos dejar de felicitar al autor por haber logrado una síntesis tan satisfactoria.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

M. CORBIN, *Résurrection et nativité. Lecture théologique de Jean 20,1-31*, Paris 2002, Les éditions du Cerf, 356 pp.

Desde los primeros comentarios hasta nuestros días el capítulo 20 del evangelio de Juan ha sido para sus autores un foco iluminador de todo el evangelio y ha cons-